

Ruy PÉREZ TAMAYO (coord.),
La muerte, México, El Colegio
 Nacional, 2004

Luis Ernesto Cruz Ocaña
 Universidad Autónoma de Chiapas

Más de diez años han pasado desde que el doctor Ruy Pérez Tamayo coordinó esta publicación, surgida de la reelaboración de los trabajos presentados en el Simposio sobre la Muerte realizado en El Colegio Nacional a finales de 2003. Pese al tiempo transcurrido, no es posible pasar por alto el prestigio académico de quienes allí escriben ni la actualidad de los debates que se esbozan. Tal es la razón para invitar a una lectura que no sólo aborda un hecho apasionante como la muerte, sino que la diversidad de su tratamiento es una oportunidad de ampliar los horizontes para su comprensión.

Aunque Pérez Tamayo –quien introduce al libro y a sus colaboradores– advierte que el interés general es analizar la muerte como fenómeno natural, obviando todo revestimiento subjetivo, emotivo e incluso sociocultural, el texto resulta muy atractivo. En primer lugar, porque cada artículo mantiene el dinamismo de una disertación oral, y en segundo, porque aunque la mayoría de los autores provienen del área médica, se observa un entramado de posturas biológicas, jurídicas, demográficas, filosóficas, literarias e histórico-culturales que transgreden lo expresado por su coordinador.

El primer artículo está a cargo del doctor Marcelino Cerejido, quien comienza

con una disertación especializada en torno a la “Biología de la muerte”. En diálogo con la teoría de la evolución y los desarrollos genéticos, parte de la idea de que “la angustia ante la evidencia de ser mortal, fue [...] el factor de especiación que ha creado [...] a la humanidad” (p. 7), ya que sin ésta no se habrían generado la cultura ni el lenguaje. En este sentido la muerte presenta una serie de ventajas para la vida. Según el autor, es la “flecha temporal”: la capacidad de realizar conexiones causales, la principal herramienta evolutiva del ser humano, la cual lo ha llevado por el camino del desarrollo de la ciencia que ha cuestionado las ideas míticas y religiosas en torno a la vida y la muerte.

Ese desarrollo permitió el descubrimiento de la muerte celular programada y la existencia de genes letales que trabajan para el beneficio de los organismos multicelulares. La muerte programada es un antídoto contra toda clase de mutaciones nocivas, de modo que es normal que la capacidad de autorrepararse que anida en los organismos envejezca, se torne ineficiente y falle. La evolución sería imposible sin extinción, de modo que todos los intentos por alargar la vida no son más que mentiras esbozadas para negar la muerte y obstaculizar la comprensión de sus ventajas.

En el siguiente artículo, “La muerte en el mundo náhuatl”, el doctor Alfredo López Austin precisa que “el hombre no está determinado sólo por su naturaleza biológica” (p. 57), con lo que reconoce la importancia de lo cultural en las diversas formas de percibir y actuar en el mundo. Esto le sirve como fundamento para acercarse a la revisión de otras cosmovisiones consideradas como

“exóticas” desde una forma de pensamiento hegemónico occidental, pero que manifiestan las mismas necesidades que impulsan a interpretar el mundo de maneras diferentes.

Con esto distingue entre tradiciones escatológicas como la del pensamiento cristiano, con una perspectiva de dualidades contrapuestas, y una como la mesoamericana, la cual, anclada en una cosmovisión diferente, donde las dualidades se complementan, permite percibir lo religioso desde una directriz que no es escatológica ni teleológica. Esa distinción le sirve para delinear cómo los mexicas –el pueblo náhuatl– concebían el origen cíclico del mundo y de la vida, las entidades anímicas del ser humano y su destino “final”, así como los modos en que se representaba la muerte de acuerdo con la forma de morir y el lugar al que iban los muertos. Esto permite trazar una cosmovisión que, con una base agrícola, concibe la vida y la muerte como parte de un gran ciclo.

Tras este paréntesis histórico-cultural se retorna a lo biológico con el artículo de Ruy Pérez Tamayo, “La muerte de la célula”, donde profundiza en lo ya señalado por Cerejido. De entrada, reconoce que hay una implicación mutua entre la vida y la muerte, ya que ambas no son cosas ni objetos, sino procesos complejos. Para mostrar el carácter procesual de la misma, hace una revisión de cómo la teoría celular dejó de observar sólo los procesos de división, para comenzar a atender las células muertas. Con ese tránsito se descubrió que las células también pueden morir de dos maneras: “[...] o por que las maten (o sea, por causas y agentes externos) o porque se suiciden (o sea, por mecanismos internos)” (p. 90). La primera es conocida

como “necrosis” y la segunda como “apoptosis”, cada una de las cuales conlleva sus propios procesos morfológicos, así como sus mecanismos desencadenantes.

Para el autor resulta obvio que si “la muerte es parte de la vida, y las células son el nivel inferior de organización biológica en el que se expresan todas las propiedades esenciales de la vida, era de esperarse que las células también se murieran” (p. 98). Estos conocimientos permiten negar la posibilidad de lograr la inmortalidad de las células normales y, con esto, discutir los intentos tanto imaginativos como técnicos de prolongar los límites de la existencia de los seres vivos.

En cuarto lugar aparece el artículo “El hombre y la muerte”, del patólogo Francisco González Crussí, quien, en vez de continuar la línea médico-biológica, da un giro hacia lo existencial. A partir de la revisión de mitos y creencias religiosas, textos literarios, planteamientos filosóficos y científicos, así como sus labores de autopsia, tematiza la muerte como la angustia de las angustias: el punto donde la capacidad propiamente humana de anticipar el futuro se torna problemática. Es una problemática ligada con el carácter irrepresentable e impensable de la muerte, ante la cual sólo es viable optar por “la angustia existencial, o la siesta” (p. 108), esta última como un remedio y forma de mitigar su inminencia.

El ser humano no está hecho para pensar en la muerte; a pesar de que la ciencia actual reconoce que el verdadero misterio es la vida, aquélla continúa siendo su gran problema. Aunque sabemos que es un fenómeno universal, no parece serlo para nosotros mismos; de ahí la necesidad de crear remedios

contra las heridas de la humanidad. En forma cotidiana, la muerte sigue siendo pensada como opuesta a la vida, y no como parte de ella. Es aquí donde, según el autor, los pueblos latinos –al usar como ejemplo a los antiguos romanos y los mexicanos actuales–, con su capacidad de bromear e ironizar acerca de lo inevitable, ofrecen una mayor cercanía a la comprensión y aceptación de la muerte.

Tras un texto donde la muerte aparece como un problema existencial del ser individual, se da paso a otro donde se aborda como una cuestión que afecta a grandes conglomerados. En “La muerte colectiva. La realidad de las epidemias y la construcción de un imaginario”, el doctor Carlos Viesca Treviño tematiza las epidemias como “símbolo de desintegración social y representación de una ruptura del orden natural [donde] la muerte deja de seguir sus cauces acostumbrados, sobrepasa y rompe los límites previstos” (p. 135), de modo que genera una ruptura en los criterios aceptables de resignación y familiaridad.

Así, el autor hace un recorrido histórico por las grandes epidemias en Europa y América que trastocaron el orden y las normas aceptadas de vida, con lo que implicaron el quiebre de lazos familiares y de solidaridad ante los enfermos, el abandono de grandes territorios, la alteración de costumbres y rituales funerarios, la pérdida de los marcos de referencia moral y el declive del fervor religioso, entre otros aspectos. Sin embargo, una vez concluidos esos periodos históricos de enseñoramiento de la muerte, se intentó recuperar el orden a partir de la promoción tanto de rogativas y procesiones como de acciones médicas, disposiciones sanitarias y po-

líticas de salud. Según el autor, esta historia de epidemias ha contribuido a crear un imaginario de pavor ante estas situaciones y una cultura de negación de la muerte.

Luego de esta reflexión sociodemográfica viene el artículo “Una reflexión jurídica sobre la muerte”, del doctor Sergio García Ramírez, quien presenta una serie de problemáticas en torno a la muerte que han dado para pensar y debatir al ámbito del derecho. En primer lugar pone el acento en el carácter ambivalente del cadáver, que ya no es una persona jurídica como lo fue el cuerpo de una en vida, aunque a la vez es un objeto que se distingue de otros al estar excluido del régimen de propiedad, por lo que se le debe respeto. En segundo, reconoce que el derecho no se construye en forma aislada, sino que sus cimientos entran en diálogo con reflexiones que le suministran otras disciplinas y saberes.

A partir de tales cimientos el autor desarrolla ideas sobre la Ley Civil y la regulación de la muerte en lo que se refiere a las sucesiones o herencias, pero también en torno a los delitos y las penas. En este rubro presenta en extenso los homicidios y sus tipos; los asesinatos colectivos como crímenes de guerra y genocidios; el suicidio y homicidio consentido, con sus debates en torno a la posibilidad de elegir sobre la propia vida y muerte; la eutanasia y el papel de los médicos y la familia en la decisión y el apoyo a una persona para lograr una “buena muerte”; el aborto y las querellas sobre los tiempos de realización y los móviles para su práctica; las muertes ligadas con la anarquía o la tiranía estatal y, por último, la pena de muerte con sus formas de proceder e intenciones de fondo.

En sintonía, el doctor Rodolfo Vázquez profundiza en el tema con la “Muerte y bioética. Algo más sobre suicidio asistido y eutanasia”, donde pone sobre la mesa de discusión cómo ciertas personas, dadas sus circunstancias, “desean morir –o se desea que mueran–” (p. 261) antes que seguir con su sufrimiento, aunado a que la muerte asistida médicamente, ya sea como “suicidio asistido” o “eutanasia”, aún provoca debates agueridos donde participan normas jurídicas, morales y religiosas.

Para ilustrar estos debates, el autor distingue cuatro tipos de muerte asistida, a partir de la reflexión de casos polémicos en diferentes países: el primero es el consentimiento, presente o pasado, de una persona competente en un marco de legalidad; el segundo se refiere al requerimiento elaborado por una persona competente dentro de un marco que prohíbe su práctica; el tercero remite a casos donde, más allá de la decisión de los padres y del propio paciente considerado incompetente, se toman decisiones dentro de un marco de ilegalidad, y el último analiza cuando a un paciente con imposibilidad de consentimiento, tanto presente como pretérito, se le quiere ayudar a morir. Cada caso, con sus vicisitudes, muestra una posibilidad de reflexión acerca de la muerte asistida y su práctica.

Para cerrar el libro, el doctor José Luis Díaz diserta en torno a “La conciencia y la muerte” con un cruce de argumentos filosóficos y científicos, al reconocer que, así como existe una asociación entre la conciencia y la vida humana, de igual manera esta conexión persiste entre la conciencia y la muerte humana, razón por la cual, para muchos, “la

muerte definitiva sucede cuando la conciencia se ha apagado sin remedio” (p. 280). De este modo, realiza un juego de preposiciones para enlistar al menos seis formas de relación entre la conciencia y la muerte.

La primera, la conciencia de la muerte, se refiere a la manera como se representa y se entiende a la misma desde una perspectiva cultural que distingue al ser humano de los animales. La conciencia ante la muerte implica el reconocimiento de su carácter ineludible y las formas de responder ante ella, ya sea negándola o aceptándola como parte de la vida. Luego, la conciencia antes de la muerte vislumbra esas otras formas de relación mente-cuerpo, tal como el sueño, la anestesia o el coma. La vida sin conciencia y la conciencia sin vida revisa la posibilidad de seres liminales y la discusión que incitan en torno a la conexión entre las funciones cerebrales como elemento material y la conciencia como elemento inmaterial. La conciencia durante la muerte considera la factibilidad de la conciencia en las “experiencias cercanas a la muerte”. Por último, en la conciencia después de la muerte la preocupación consiste en admitir o no la sobrevivencia de la conciencia. Todas estas preposiciones desembocan, según el autor, en una conciencia sobre la muerte que reconoce el papel de la conciencia como salida de la finitud y el roce de la eternidad.

Sin duda, este libro constituye una herramienta importante para incluirse en los diversos debates que suscita el tema de la muerte, además de que es posible encontrar en él muchas pistas que nos permitan generar marcos más abiertos para nuestra comprensión de la muerte, específicamente la humana.